

## CUADROS DEL PAÍS VASCO

---

# LAS APUESTAS DE BUEYES

---

**E**RA un día de otoño, uno de esos contados días diáfanos, claros, en que apenas veíase una nube en el firmamento. Un velo como de púrpura cubría los arroyos y riachuelos circundantes al pueblecillo del solar guipuzcoano. Los cantos sencillos de los aldeanos que bajaban por las riberas, se mezclaban con el murmullo de los arroyos y la brisa suave del paisaje. Las agonizantes hojas de los árboles tapizan de trozo en trozo los declives y las praderas de la montaña. Aquel día no se escuchaba el ruido de las carretas de bueyes. Era día de fiesta. El campo descansaba como si exhalase el último suspiro de fecundante amor. Y la plaza del pueblo iba animándose, llenándose, cual si la fuerza toda de la montaña, de sus caseríos y de sus cabañas, quisiera concentrar su intensidad entre las arcadas de la plaza y el redondel erizado de pedruscos.

De vez en cuando el sople del viento otoñal amontonaba en la plaza las hojas secas por el campo esparcidas. Pero el cielo no estaba nebuloso, ni los tintes multicolores del sol eran pálidos cual dudosa irisación. Gallardos eran los mozos que discurrían en la plaza. Iba a celebrarse una apuesta de bueyes, y hacia dos meses que comenzaron a prepararla. Pero aun así ni un momento se turbó la paz de los caseríos. Y no es que faltaba pasión; no es que en aquellos hercúleos mochetones de recia musculatura y rostros afeitados, el mar de las concu-

piscencias humanas, no invadía el solar de sus intenciones. Había costado mucho trabajo llegar a concertar el día de la apuesta, porque las marrullerías de los dueños de una y otra pareja de bueyes, daban largas al asunto para mayor robustez del ganado. Pero mientras tanto los ánimos continuaban encendidos por los partidarios de una y otra parte.

Los días anteriores a la apuesta, las traviesas o jugadas menudeaban entre los caseros. Por tabernas, sidrerías y lugares de reunión de la gente del campo, las conversaciones giraban en rededor de la famosa apuesta. Y es de oír a la gente de las montañas vascas, cuando discuten y se apasionan por semejantes entretenimientos y fiestas rústicas. Son maravillosos abogados de la causa que defienden. Para los partidarios de una pareja de bueyes, su contraria no reúne condiciones de lucha. Le falta fuerza, resistencia, musculatura, peso, práctica, costumbre; le falta todo. Pero son tan formidables los argumentos que emplean, de tal modo convencen al espectador que acude al campo de la pelea, que cuando se oyen los juicios de las dos partes la decisión por cualquiera de ellas se hace poco menos que imposible.

La plaza de la celebración de la apuesta es una de tantas plazas clásicas del país vasco, perfectamente cuidada y formada por un cuadrilátero de casas solariegas, en su mayoría presididas por la Casa Consistorial o Casa del Concejo. El suelo está adoquinado y limpio de toda materia de grasa u otro cuerpo cualquiera que pudiera perjudicar o favorecer a las parejas de bueyes. Llegada la hora, fórmanse dos compactos grupos, uno frente al otro, a la cabeza de los cuales van los dueños de las parejas de bueyes. Fórmase un círculo. El momento es de imperturbable silencio y de soberana expectación. Las miradas están fijas del uno al otro bando. Van a decidir quién juega el primero. El mugido de un buey perturba en aquellos momentos la incomprendible seriedad de aquel cuadro. Un pájaro atraviesa fugaz por los aires y otro se posa en el alero de una casita cercana. Los mozalbetes irrumpen en gritos que enardecen. Sin embargo de esto, la seriedad continúa aún impertérrita entre bando y bando.

¡Cara o cruz! La onza de oro, la brillante moneda que para aquel momento utilizó el casero, *desentrañándola* días anteriores del fondo del más recóndito escondrijo de su caserío, luce el seductor color de oro viejo en el momento que el brazo lanzador le hace surcar por el aire. Momento terrible, de supremo interés, de seducción inenarrable.

Todas las miradas se dirigen al aire; parece que es un hilo conductor el que mueve aquellos cientos de cabezas de alto en bajo. Hasta que la ven en el suelo, el interés por la lucha llega a su grado máximo. Por fin, y debido al resultado del ¡cara o cruz!, se ha optado por una de las parejas de bueyes combatientes. Casi magnéticamente comienza un vocerío enorme, ensordecedor, que rompe cual si se tratara de una estantería de cristales, el silencio que hasta hace muy poco reinaba en la plaza. Son las traviesas, las jugadas que los asistentes a la lucha hacen por una u otra pareja. El juego consiste en recorrer una, dos o varias veces la plaza, arrastrando una enorme pieza de piedra, cuyo peso fluctúa entre 300 a 400 arrobas.

Apenas se decide el resultado consecuente al ¡cara o cruz!, el dueño de la pareja que primero ha de jugar en la lucha, azuza el ganado con ferocidad inaudita. Se va a ventilar un asunto interesante a la idiosincrasia de la raza vasca: la fuerza. En el físico, en lo moral, en el arte, en la literatura, en la economía, en la política, en la ciencia toda, el vasco busca la fuerza, la acometividad, la impulsividad. Sin fuerza no hay mérito en la raza. Quien levanta un peso enorme a viva fuerza, quien juega a la barra, quien por la fuerza se identifica con los genios más estupendos de la Historia, ese merece el honor y la sanción de sus hermanos de raza. La decadencia, la debilidad, la atonía, están fuera de su sentimiento mismo. Por eso las apuestas de bueyes son una de tantas manifestaciones populares donde, ante todo, se ventila la fuerza, aunque ella sea entre animales. En el momento en que el dueño de una de las parejas grita con voz estentórea, con fuerza inquebrantable, el grito mágico en aquellos momentos de ¡*aida!*, con el rostro imberbe coloreado a manera de una pintura de Rubens, con sus hercúleos brazos y férreos dedos empuñando el *akullu*, y con aquella alma noble y leal, enamorada como un novio apasionado de su novia, del poder de su privilegiada pareja de bueyes, los forzudos animales rompen al instante su quietud con un tiro, con un golpe estupendo por la tensión de aquellos nervios exuberantes, por la tesitura feroz de los bárbaros animales, por la postura abierta de patas y troncos en que se colocan.

El fatal pincho del *akullu* comienza a penetrar con terrible fuerza en la carne de aquellos animales. Sus patas formando medio arco, clavan las pezuñas entre la piedra y arena del piso de la plaza y rompen con el primer esfuerzo, el primer tirón, que es el más penoso y el de

mayor dificultad para el animal. El hecho de aquella postura y aquel brutal movimiento, hace bajar sus cabezas, abrir las patas delanteras y traseras, mover la cola de su lugar y desviarla cual rama desgajada de un árbol, fácil a los embates de un vendaval. La corrida es de las que enardecen al espíritu más apocado. Mugen los ganados con mugido salvaje. La espumante baba que cual si fuese de jabón, brota entre vahos de humo de los hocicos animales, cae al suelo formando hilo, semejante al que forma el azúcar en formación de jarabe. Los cuerpos voluminosos de la pareja de bueyes, semejan a enormes fuelles de herrería aspirando y repeliendo el aire. Los pulmones y costillas surgen al exterior como formidables aristas de acero. La vista se les ciega en medio de vibraciones de colores entre amarillo, violáceo y azul turquesa. El *akullu* trabaja sin piedad sobre los lomos y traseros de las bestias que, a compás de su baba, van erupcionando la sangre gota a gota primero y a chorros más tarde, a medida que las vueltas a la plaza llegan a su término.

El vocerío es ensordecedor y continuo. Los espectadores, cada vez más enardecidos, presencian aquellos momentos de tremenda pelea, con interés idiosincrásico de la raza. Y así van las traviesas subiendo, bajando y en continuas variaciones, a medida que las parejas de bueyes hacen el recorrido. *¡Berrogei duro biplaza bayetz eta iru ezetz!* ¡Cuarenta duros a que hace dos plazas y a que no tres! *¡Beizamakuen alde ogei duro!* ¡Veinte duros a favor del de Beizama! *¡Berrogei duro bi plaza ta amar egin bayetz!* ¡Cuarenta duros a que hace dos plazas y diez puntos más! El interés es extraordinario. El espectáculo, si bien de un corte semisalvaje, es de una originalidad y un vigor de raza exuberante. Y en medio de aquel griterío, en medio de aquel hablar misterioso e interesante de nuestra lengua para toda persona extraña al país vasco, las parejas de bueyes van acometiendo hasta llegar al término de la lucha, con fuerza terrible y avasalladora.

Por fin llegó a triunfar una de las parejas. La enorme mole de piedra, la mayor de la provincia, con la que ninguna pareja de bueyes se decidió hasta entonces, venció y ganó el recorrido con peso de 400 arrobas. El feroz ganado llegó a la meta trasudando en medio de olorosos vapores de humo, despidiendo, como durante el recorrido, gruesos hilos de baba por los hocicos, destilando una sangre que sus mismos amos, los mismos que días atrás los cuidaban con cuidados a todo coste, se encargaron de hacerla derramar. El entusiasmo que en aquel

momento presentan los mozos, aquella juventud del campo, pletórica de fuerza y de vigor, es inenarrable. Menudean de nuevo las discusiones y la pasión, esa acometividad que el vasco siente en la defensa de un ideal, una razón o un derecho, es y constituye fundamento esencial en toda lucha, pero muy especialmente en estas luchas de bueyes, en estas apuestas en que cada bando se disputa la prioridad de fuerza en su ganado. Y mientras el vocerío de las discusiones continúa, entre sorbo y sorbo de vino, o entre vaso y vaso de sidra, los dueños de las parejas de bueyes colman al ganado de continuos cuidados, friccionándoles con aguardiente, restañando las heridas producidas por el pincho del *akullu* con bálsamos o con árnica, enjugándoles el sudor que el ardor de la pelea y el cansancio de la carrera les hizo erupcionar, y cubriendo sus cuerpos con mantas y con paños, con el fin de que las corrientes de aire no hagan mella en la salud y el vigor de los feroces animales.

En el pueblecillo de la provincia no se habla de otra cosa durante todo el día. En las inmediaciones el interés trasciende como algo substancial a la vida misma de la aldea. Y ese espíritu que campea aún en las sanas costumbres del país, remueve la virilidad, la fuerza, el entusiasmo y el ahinco de la raza, sobreponiéndose por natural encanto y espontaneidad inherente a toda otra manifestación, a toda otra orientación de exótica procedencia.

Termina la lucha en momentos en que el sol, irradiando con luces multicolores en los ventanales de la parroquia de la aldea, convierte como en llama de un volcán, el cuadrilátero de la plaza donde se ha jugado la apuesta. Son las doce del mediodía. El griterío continúa entre la gente casera y..... toca la primera campanada del *Angelus* la campana de la parroquia. El momento es digno de un pincel de primera fuerza. Se hace un silencio maravilloso. Aquel mundo de cabezas se descubre, deja los vasos apurados del líquido sobre el mostrador de la taberna o sobre los bancos de sus inmediaciones y reza la oración. Estamos presenciando escenas de un país misterioso por su origen y admirado por la vida de su raza. Las apuestas de bueyes aun no han terminado, porque después de la comida, por la tarde, se repite el juego, como segunda y última prueba. Y entonces de nuevo vuelve a apasionarse el pueblo con mayor ímpetu si cabe que a la mañana..... Todo está terminado. Una de las parejas de bueyes ha perdido la jugada aquel día, pero queda el entusiasmo del poder, subsiste la impetuosi-

dad de la fuerza; nadie se da por vencido, porque antes de quince días, un mes o dos, volverán de nuevo a jugar, a medir las fuerzas de las bestias con el mismo entusiasmo y virilidad del primer día.

En las últimas horas de la tarde, el sol se esconde allá, en un horizonte lejano, bañando las montañas con sus maravillosos reflejos en medio de un inmenso colorido de rojo sanguíneo. El campo descansa en quietud profunda. Comienzan a sombrear las pequeñas selvas formadas por tupidos manzanales. Aquellos caseros, aquellos ejemplares robustos de la raza que aun no ha perdido los rasgos más característicos de su personalidad, vuelven en paz a sus hogares, comentando en pocas palabras el resultado y peripecias de la pelea. El apasionamiento que produjo la pelea entre uno y otro bando, no pasó de mero acaloramiento y revivir de la sangre euskara que corría por las venas de la gente casera. Y ahora, al volver a sus hogares, cantan con voz estentórea, con acentos vigorosos, cuyos ecos repetidos por los montes euskaros recuerdan a veces la victoria, el triunfo; a veces el amor, el puro amor de la montaña. El musgo y el verde cespced de los campos euskaros, es hollado por las pisadas de hombres y mujeres que se retiran. Por los senderos que serpentean al margen del murmurante arroyuelo, por entre el helecho purpúreo recamado de flores de infinitos colores; escuchando el ruido del argentado torrente que salta para ir a unir sus aguas al cristalino y límpido caudal, continúan su marcha las gentes del campo hasta llegar a sus chozas, a sus caseríos, a sus hogares.

Dejaron la aldea después de un día de plena luz y pleno combate. Y la aldea, que ofrecía encantos supremos de flúida exquisitez, la abandonaron para reposar de las fatigas en el caserío, en el campo, bajo un cielo en cuyo firmamento se reflejan las ramas de los árboles de los bosquecillos de la montaña vasca. A los gritos del combate que la fuerza de los pulmoues caseros hacía repercutir en la plaza donde se jugó la apuesta de bueyes, sucedió la calma, el profundo silencio, cual si todos descansasen bajo las ramas de los frondosos álamos. A los vigorosos rayos de sol, sucedió la luz plateada de la luna, cubriendo con su manto la majestuosidad de aquellas ingentes montañas. Todo ha terminado. La quietud es infinita. Nadie se mueve más que las ramas de los árboles, que balancean a compás de una brisa agradable. Los últimos destellos de los rayos del sol desaparecieron entre lejanos pliegues de montañas, suave, ténue, ligeramente.....

ADRIÁN DE LOYARTE